

Editorial

Lo normal y lo patológico. Patologías del vacío

Estamos ya al final del siglo y del milenio, con diversas sensaciones de intranquilidad e inseguridad.

También, al aproximarse el año mil las procesiones de penitentes se preparaban para un anunciado fin del mundo. A nosotros, llegando al año dos mil nos pronostican el fin de la historia y de las utopías.

Como dice Baudrillard, estamos viviendo el día después de la orgía del modernismo.

En la medicina también hemos vivido una ciencia sin límites y de asombros. Los grandes descubrimientos, el corrimiento de la edad promedio de expectativa de vida, los fármacos, los antibióticos, los instrumentos que revelan lo antes desconocido, paradójicamente, conviviendo con más grupos de excluidos asistencialmente.

Los avances nos trajeron la falsa sensación de casi inmortalidad pero con muertes solitarias en las terapias intensivas, a este hombre omnipotente le cuesta aceptar la enfermedad, el dolor y el tiempo de espera para la evolución natural de la enfermedad.

Cuando parecía que estábamos al borde del conocimiento total, el límite vuelve a correrse y recomenzamos a ver la historia por detrás. Nos enfrentamos con la relatividad permanente del conocimiento científico. Las bibliotecas están colmadas de publicaciones abandonadas, que ayer eran verdades.

Todo esto nos crea una permanente incomodidad existencial.

Este fin de milenio nos presenta nuevas patologías. La drogadicción con la abierta discusión sobre su despenalización y eventual libertad de elección; la pobreza humillante, que no deja lugar a la esperanza; los niños de la calle. La violencia familiar, la de los estados y también por qué no la violencia de la medicina.

La relación médico-paciente se ha resentido en

todos los estratos sociales, nivelándose hacia abajo. Al mismo tiempo, la brecha entre pudientes y pobres se ensancha en la disponibilidad de tecnología.

Cuando los que trabajamos en salud hablamos de patologías, estamos acostumbrados a hablar de las patologías de los otros. El problema aparece cuando los otros somos nosotros.

Y a nosotros los médicos, ¿qué nos pasa?

Estamos absortos y paralizados ante los cambios ocurridos en la última década. Hemos visto y sufrido un ataque a la esencia de nuestra función, la relación médico-paciente.

Consideramos a la relación médico-paciente la base fundamental del camino de la curación.

La consulta médica, y especialmente la pediátrica, es un momento cargado de significación. Es un momento que debe ser activo y que se vuelve inquietante. Activo pues es singular, no repetitivo ni mecánico y difícilmente normatizable, hay que estar allí. Inquietante pues estando, uno no puede dejar de sentir, exponiéndose a sí mismo, con su propia historia y comprendiendo el sentido real de la consulta. No existe curación si no se logra una verdadera comunión.

Debemos crear un espacio para escuchar, más que para decir.

Quisiera resaltar el acto de revisar, momento donde tocamos a nuestros pacientes. El tocar y el ser tocado crea otro compromiso, sobre todo cuando la mano que palpa, además de indagar, acaricia y contiene.

En nuestros sentidos tenemos la referencia de la historia corporal y emocional de cada niño. Para todo esto se necesita tiempo y continuidad de atención, ir creando una trama de alianzas y confianza.

Eso pensábamos cuando elegimos ser médicos, pero las reglas fueron cambiadas.

Con estos cambios, ¿quiénes se han beneficiado? ¿Los médicos, los pacientes? Me pregunto por qué hemos aceptado esta situación que no nos satisface. O esto nos trae alguna satisfacción de algún deseo oculto que desconocemos.

Tal vez el concepto teórico de la medicina esté por un lado y los médicos por otro.

¿Cómo encontrar en los cambios impuestos otra explicación que no sea la meramente económica y mercantil?

Será como dice Foucault, que hemos sido invadidos por un pensamiento ocioso, dejando que los demás piensen por nosotros.

Creo que hemos tomado una actitud fatalista y de aceptación de las reglas del juego.

Me llama la atención la falta de oposición.

Es allí donde quiero retomar el concepto de lo patológico.

Lo patológico se define en relación a lo normal y la normalidad desde siempre es establecida desde el poder. ¿Qué es lo normal?

Lo distinto es patológico.

La idea de normalidad va cambiando a través del tiempo, con el respectivo corrimiento de lo patológico.

¿Qué es entonces la medicina? ¿Somos los médicos, los pacientes, la tecnología o la lógica de mercado? ¿Esto será lo normal?

Pero no es casual. Einstein decía: *“Dios no juega a los dados”*; no es el azar.

Esto es naturalizar lo desnaturalizado.

Siguiendo a Goya podemos decir que a veces la razón crea monstruos.

Creo que debemos comprender lo que nos pasa y entrar en tiempo de resistencia, comenzar a remar contra la corriente usando la técnica de la insistencia, no claudicar en la posibilidad de pensar y no dicotomizar los sentimientos. Mantener un discurso crítico permanente.

Nuestros pacientes nos necesitan y nosotros a ellos.

Nosotros los pediatras, como médicos de cabecera de las dos primeras décadas de la vida sabemos la significación que tenemos para nuestros pacientes. Para ellos es difícil o tal vez imposible hacer una transferencia adecuada solamente con una institución, una organización de salud o la tecnología.

Los pediatras estamos presentes desde que se establece el vínculo temprano, acompañamos a la familia durante su desarrollo y crisis, enfrentamos los temores de la enfermedad, compartimos las inseguridades de la adolescencia y la juventud.

No debemos paralizarnos ante este relativo y publicitado caos; desde siempre el hombre ha tenido que dominar al caos del que está hecho (Nietzsche).

Se abre un mundo nuevo, pongamos nuevas esperanzas, con nuevas formas de actuar.

Imaginemos nuevamente.
No dejemos un espacio vacío.

Emilio C. Boggiano
Comité Nacional de Pediatría Ambulatoria